

# El domingo después de Navidad

Gálatas 4:1-7

“Pero también digo: Entre tanto que el heredero es niño, en nada difiere del esclavo, aunque es señor de todo, sino que está bajo tutores y administradores hasta el tiempo señalado por el padre. Así también nosotros, cuando éramos niños estábamos en esclavitud bajo los rudimentos del mundo. Pero cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer y nacido bajo la Ley, para redimir a los que estaban bajo la Ley, a fin de que recibiéramos la adopción de hijos. Y por cuanto sois hijos, Dios envió a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo, el cual clama: «¡Abba, Padre!». Así que ya no eres esclavo, sino hijo; y si hijo, también heredero de Dios por medio de Cristo.” (Gálatas 4:1–7)

1. Esta Epístola es verdaderamente paulina, por lo cual muchos no la entenderán, no porque sea oscura ni difícil, sino porque la doctrina de la fe se ha hecho tan escasa en este mundo, Sin fe es imposible entender a Pablo, quien promueve la fe en todas sus epístolas con todo poder y seriedad. Por tanto, se necesitarán algunas palabras para explicar esto. Para que podamos hablar de esto en la forma más clara, comenzaremos con este prefacio e introducción.

## LA JUSTIFICACIÓN DEL HOMBRE

2. Debemos saber que es una cosa enseñar de las buenas obras y otra enseñar acerca de la justificación, así como la esencia de una persona es diferente de la actividad y obra de ella. La justificación pertenece a la persona y no a las obras. La persona y no la obra se pronuncia justa, salva, convicta o condenada.

3. Así se establece que ninguna obra justifica la persona, sino la persona primero sin obras tiene que ser justificada en alguna otra forma. Así Moisés dice: “Y miró Jehová con agrado a Abel y a su ofrenda” (Génesis 4:4). Primero consideró a Abel, la persona, y luego su ofrenda, de modo que la persona primero fue piadosa, justa y aceptable, y luego también la ofrenda a causa de la persona, y no la persona a causa de la ofrenda. Por otro lado, “no miró con agrado a Caín ni a su ofrenda” (Génesis 4:5). También aquí primero no miró con agrado a Caín, la persona, y luego tampoco a su ofrenda. De esto se establece que es imposible que una obra sea buena ante Dios a menos que la persona primero sea buena y aceptable. Por otro lado, es imposible que una obra sea mala ante Dios a menos que la persona sea primero mala y no aceptable.

4. Eso es suficiente por ahora para concluir que hay dos clases de buenas obras: algunas antes y otras después de la justificación. Las que preceden solo parecen ser buenas, pero no valen para nada. Las que siguen son completamente buenas.

5. Esta es la lucha entre Dios y los santos arrogantes. La naturaleza humana lucha y se enfurece contra el Espíritu Santo; toda la Escritura trata de eso. Dios primero concluye que todas las obras hechas antes de la justificación son malas y no buenas para nada;

primero quiere que la persona sea justificada y buena. Segundo, concluye que todas las personas que todavía están en su naturaleza y su primer nacimiento son no justificadas y malas, como dice el salmista: “Todo hombre es mentiroso” (Salmo 116:11), y Moisés: “todo designio de los pensamientos de su corazón solo era de continuo el mal” (Génesis 6:5). Por tanto, no puede hacer ninguna buena obra, y todo lo que hace es solo de la clase de las obras de Caín.

6. La Señora Hulda se presenta aquí con su hocico, la naturaleza humana, y se atreve a ladrar contra su Dios y acusarlo de mentir. Se pone su ropa de segunda mano, su armadura de paja: la luz natural, la razón, el libre albedrío, los poderes naturales, y luego libros paganos y doctrinas humanas, y comienza a tocar su violín y dice: “También hay buenas obras antes de la justificación, y no son de la clase de las obras de Caín, como dice Dios. De hecho, son tan buenas que la gente es justificada por ellas. Aristóteles enseñó: ‘Todo el que hace mucho bien se hará bueno de esa forma’” Se aferra firmemente a esto y así pone la Escritura cabizbajo, pensando que Dios primero mira las obras y luego a la persona. Esta doctrina diabólica ahora gobierna en todas las universidades, conventos y monasterios. Todos juntos son solo santos como Caín, al cual Dios no mira con agrado.

7. Segundo, porque basa su posición solo en las obras y no considera la persona y la justificación altamente, procede para atribuir todo mérito y la justicia principal a las obras después de la justificación. Dice: “La fe sin obras no es nada”, como hace Santiago. Mientras tanto, no entiende correctamente ese pasaje; menosprecia la fe y se queda estancada en las obras; quiere lisonjear a Dios para que se agrade de la persona por amor a las obras.

Así los dos continuamente luchan uno contra el otro. Dios mira a la persona; Caín mira las obras. Dios considera la persona, pero Caín considera las obras. Dios quiere considerar las obras por causa de la persona, pero Caín quiere que la persona sea coronada debido a las obras. Dios no cambia de mente, como es su privilegio y derecho, y el caballero Caín rehúsa ser convencido de que está en el error, desde el comienzo del mundo hasta el final. No debemos rechazar sus obras ni considerar su razón como nada ni pensar que su libre albedrío sea incompetente, o se enojará con Dios y a golpizas matará a su hermano Abel. Todas las historias enseñan eso abundantemente.

8. Si luego dices: “¿Qué debo hacer? ¿Cómo mi persona llega primero a ser buena y aceptable? ¿Cómo obtengo esa justificación?”, el evangelio contesta: “Debes escuchar a Cristo y creer en él, simplemente desesperarte de ti mismo, y pensar que te conviertes de Caín a ser un Abel, y luego presentar tu ofrenda”. La fe se predica sin ninguna de tus obras y sin ningún mérito tuyo, y se da sin tu mérito por pura gracia. La fe justifica la persona y es ella misma la justicia. Dios da la fe y perdona los pecados al Adán y Caín entero, por amor de Cristo, su querido Hijo, cuyo nombre está en esa misma fe. Además, da su Espíritu Santo y hace la persona diferente y la cambia a una nueva persona, que luego tiene otra razón y una voluntad diferente inclinada al bien. En donde

hay tal persona, hace solo buenas obras, y todo lo que hace es bueno, como se dijo en la Epístola anterior.

9. Por tanto, nada pertenece a la justificación excepto escuchar y creer a Jesucristo, nuestro Salvador. Sin embargo, estas dos cosas no son la obra de la naturaleza, sino de la gracia. El que se imagina que puede llegar aquí con obras impide el evangelio, la fe, la gracia, Cristo, Dios y todo. Por otro lado, nada pertenece a las buenas obras sino la justificación, porque todo el que es justificado, y nadie más, hace bien, y todo lo que hace la persona justificada es buena, sin ninguna distinción de las obras. Por tanto, el comienzo, la secuencia y el orden de la salvación del hombre es primero, sobre todo, escuchar la palabra de Dios, y luego a trabajar, y así ser salvo. Todo el que invierte o cambia este orden ciertamente no es de Dios.

10. San Pablo describe este orden de esta forma: “Todo aquel que invoque el nombre del Señor, será salvo. ¿Cómo, pues, invocarán a aquel en el cual no han creído? ¿Y cómo creerán en aquel de quien no han oído? ¿Y cómo oirán sin haber quien les predique? ¿Y cómo predicarán si no son enviados?” (Romanos 10:13–15). Por tanto, Cristo nos enseña a pedir al Padre enviar obreros a su mies que sean verdaderos predicadores. Cuando estos vengan, predicán la palabra verdadera de Dios; cuando la gente la escucha, pueden creer. Pero la fe hace la persona justa y piadosa, y luego invoca a Dios y hace solo el bien, porque así la persona se salva. Eso quiere decir que todo el que cree es salvo; pero por otro lado, el que obra sin fe es condenado. Cristo dice: “el que no crea, será condenado” (Marcos 16:16). Ninguna obra ayudará allí.

11. Ahora, mira la forma común de hablar entre la gente que se acostumbran a decir: “Bien, todavía quiero hacerme piadoso; bien, tenemos que ser piadosos”, etc. Pero cuando se les pregunta: ¿Cómo debemos actuar para que seamos piadosos?”, comienzan a decir: “Bien, tenemos que orar, ayunar, asistir a la iglesia, abstenernos del pecado”, etc. Uno corre a los cartujos, otro a esta orden, otro se hace sacerdote, otro pone saco, uno se azota, otro se tortura de otra forma. Eso no es otra cosa sino Caín y las obras de Caín. Las personas quedan como eran antes, y no hay justificación, sino solo un cambio externo y alteración de las obras, de la ropa, de los lugares, de la apariencia. Son verdaderos monos, que toman para sí la apariencia de los santos, sin embargo, no son santos, no piensan en la fe, sino solo atacan con sus buenas obras y, como piensan, llegan al cielo torturándose.

Cristo dice de ellos en el Evangelio: “Esforzaos a entrar por la puerta angosta, porque os digo que muchos intentarán entrar y no podrán” (Lucas 13:24). Bueno, ¿por qué no? Porque no saben qué es la puerta angosta. Es la fe, que hace la persona pequeña, hasta nada, de modo que tenga que desesperarse de todas sus obras y solo aferrarse a la gracia de Dios, abandonando todo por ello. Pero los santos como Caín piensan que las buenas obras son la puerta angosta. Por eso no se hacen pequeños, no se desesperan de sus obras, sino más bien las juntan en grandes bolsas, las cuelgan por su cuello, y quieren entrar por esa puerta. Y entrarán, igual como el camello con su gran joroba puede pasar por el ojo de la aguja.

12. Si ahora les hablamos de la fe, se burlan y se ríen, preguntando si los consideramos turcos o paganos, que primero deben aprender qué es la fe. ¿Debe haber tantos monjes, monjas y sacerdotes que no saben qué es la fe? ¿Quién no sabe qué significa creer? ¡Aun los pecadores públicos saben eso! Por tanto, como si hubieran tenido suficiente de todo lo que se conecta con la fe, piensan que en adelante deben tratar de obras y menospreciar la fe, como dije. No conocen la fe; no saben que solo ella justifica.

Llaman lo que han oído de Cristo “fe”, y consideran todo ello cierto, así como los demonios también creen, pero no se hacen piadosos por ello. Pero eso no es la fe cristiana. Es más un engaño que fe.

13. En las postilas anteriores, hemos oído lo suficientemente que, para ser un cristiano, no basta con creer que lo que se dijo de Cristo es todo verdad, esa es la fe de los santos al estilo de Caín. Más bien, no debe dudar ni tambalear, sino creer que él es uno de los por quienes esta gracia y misericordia se dieron, y que ciertamente las obtuvo por medio del bautismo o el sacramento. Cuando cree eso, entonces libremente tiene que decir de sí mismo que es santo, piadoso, justo y un hijo de Dios, seguro de la salvación. No debe dudar que tiene eso, no por sí mismo ni debido a su mérito ni obras, sino de la pura misericordia de Dios en Cristo derramada sobre él. La considera tan grande, como realmente lo es, que no duda que lo hace santo y un hijo de Dios. Si duda eso, entonces deshonor su bautismo y el sacramento, y acusa la palabra y gracia de Dios en los sacramentos con mentir.

14. Aquí no debe haber ningún temor ni duda de que es piadoso y un hijo de Dios por gracia, sino solo el temer y la preocupación de que quede firme en esto hasta el fin; solo en esto hay peligro y preocupación. Toda la salvación ciertamente está presente, pero si él seguirá y perseverará en ello no es seguro y es un motivo de preocupación. Aquí debemos andar con temer, porque la fe no se jacta de obras ni acerca de ella misma, sino solo de Dios y su gracia. Esa gracia no lo puede abandonar mientras sigue el gloriarse en Dios y su gracia. Pero no sabe cuánto tiempo durará. Una tentación podría alejarla de él, de modo que su gloriarse en Dios y su gracia cesaría, y entonces la gracia también cesaría. Esto es lo que Salomón pensaba: “Los justos y sus obras están en la mano de Dios; pero todo en el futuro es incierto, de modo que no sabe si es digno de gracia o la hostilidad” (vea Ecles. 9:1). No dice que es incierto en el presente, sino en el futuro, porque el hombre no sabe si quedará en pie contra los ataques de la tentación.

15. Cuando los santos al estilo de Caín escuchan de esta fe, se santiguan con manos y pies, y dicen: “¡Que Dios no lo quiera! ¿Debo yo decir que soy santo y piadoso? ¿Cómo puedo ser tan arrogante y atrevido? No, no, soy un pobre pecador”. Consideran la fe como nada, y toda esta doctrina como herejía, y de esa forma todo el evangelio se destruye. Estas son las personas que niegan la fe cristiana y la exilian del mundo, acerca de los cuales San Pablo profetizó cuando dijo: “En los últimos tiempos, algunos apostatarán de la fe” (1 Timoteo 4:1). Esta fe ahora es silenciada en todas partes del mundo, hasta condenada y prohibida, junto con todos los que la enseñan y se aferran a ella, como la peor herejía. El Papa, los obispos, los conventos, los monasterios y

universidades unánimemente la han resistido por casi cuatrocientos años, y no hacían otra cosa sino empujar a la fuerza al mundo entero al infierno. Esa es la verdadera persecución anticristiana final.

16. Si les dices: “Sin embargo, el profeta dice: ‘Guarda mi alma, porque soy piadoso’ (Salmo 86:2), y San Pablo dice: ‘El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios’” (Romanos 8:16), ellos contestan: “Sí, pero el profeta y el apóstol no dijeron eso como una doctrina ni un ejemplo para nosotros; más bien, fue iluminado y le fue revelado que era santo”. Citan toda la Escritura de esta manera y dicen que no es doctrina, sino algún milagro y ventaja especial, que no pertenece a todos los creyentes. Inventan esta explicación de su propia cabeza. Porque no creen y gustan el Espíritu, piensan que nadie más debe creer ni gustar. Así por sus propios frutos son reconocidos públicamente como cardos y espinos; no son cristianos, sino enemigos y destructores de todos los cristianos y perseguidores de la fe cristiana.

17. Por otro lado, tienen esta fe: que ellos piensan que se harán piadosos y santos por sus obras y que Dios les salvará por motivo de sus obras. Mira esto: hacerse piadoso por las obras se supone que sea cristiano, pero ser y llegar a ser piadoso por la gracia de Dios debe ser herejía. Sus obras se suponen que sean, hagan y sean capaces de más que la gracia de Dios. Su fe puede jactarse de las obras, pero no se jactará de la gracia de Dios. Lo que les sucede es apropiado: puesto que construyen sobre la arena y rechazan la roca, caen en dependerse de sus obras y se torturan mortalmente, para gloria del diablo, porque no quieren quedarse en la gracia de Dios y rendir servicio placentero a él.

18. Todos los que tienen esta fe cristiana deben ser felices y en paz en Dios y en su gracia, y así hacerse animados para buenas obras. Ocuparse con oraciones especiales y ropas, como hacen los santos al estilo de Caín, no son buenas obras, pero ser útiles y buenos con el prójimo, como se dijo arriba en el último Evangelio, son buenas obras. Sí, están contentos y listos para sufrir todo, porque no dudan que Dios está con ellos y que están en la gracia de Dios. Esas son las personas que son útiles y honorables para Dios y el mundo.

19. Por otro lado, los santos al estilo de Caín están en contra de Dios y no son útiles ni al mundo ni para ellos mismos; de hecho, sólo son una carga inútil en la tierra, haciendo daño a sí mismos y a todos. Porque no tienen esta fe, no valen nada para Dios. No hacen obras de las cuales su prójimo puede recibir provecho para su cuerpo, propiedad, honor ni alma. Todo lo que hacen son solo sus propias obras, hechas en apariencia, ropa, lugares, tiempos y comida.

Dime, ¿cómo me ayuda cuando tienes una gran tonsura o llevas un hábito gris? ¿A quién le ayuda que ayunas todo el día, cuando estás desocupado todo el día, cuando no comes cierta comida, cuando estás encerrado en cierto lugar, cuando lees y balbuceas tantas palabras todo el día? Con eso, no haces más que torturarte para el diablo y dar a todos un ejemplo malo, pernicioso para seguir, como si fuera bueno, pero no es para nada una vida cristiana. No crees como cristiano; no oras como cristiano. Tu ayuno no es una mortificación del cuerpo como debe ser, sino solo se hace como una buena obra.

En resumen: tal vida no es otra cosa que la idolatría de los Baales y de Molec antes entre los judíos, que torturaban, mataban y quemaban a sus hijos para la gloria del diablo.

## EL USO Y LA NECESIDAD DE LA LEY

20. Podrías decir: “Si es cierto que las obras no justifican, pero escuchar y creer en Cristo como el que es dado por nosotros mismos justifica, ¿qué, luego, es el uso y la necesidad de los mandamientos? ¿Por qué, entonces, Dios los mandó tan seriamente? La respuesta es que ahora estamos llegando a la Epístola que nos dirá por qué se dieron los mandamientos. Los gálatas antes habían aprendido la fe cristiana de San Pablo, y luego fueron trastornados por ciertos falsos predicadores, de modo que cayeron en depender de las obras y pensaban que tenían que hacerse piadosos por las obras de la ley. San Pablo les llama de esas obras a volver a la fe, y con muchas palabras fuertes les prueba la obra doble de la ley. Concluye que las obras antes de la justificación o la fe no valen para nada y solo nos hacen esclavos. Después que la fe nos hace hijos de Dios, las obras verdaderamente buenas siguen.

21. Pero debemos familiarizarnos con la distinción del apóstol entre el esclavo y el hijo. Llama a los santos de obras “esclavos”, de los cuales se ha dicho mucho. Llama a los que creen en Cristo “hijos”, que son justificados sin obras, solo por la fe. Y todo eso es porque el santo de obras no sirve como un hijo y heredero en su propia propiedad, sino como un jornalero en la propiedad de alguien más. Aunque las obras de ambos son iguales y las mismas, el espíritu, la conciencia y la fe son diferentes. El hijo está consciente y piensa que quedará en la propiedad como heredero. El esclavo piensa que finalmente tendrá que salir y no espera recibir la herencia, como dice Cristo: “El esclavo no queda en la casa para siempre; el hijo sí queda para siempre” (Juan 8:35).

22. Así los santos al estilo de Caín no tienen esta fe cristiana (como ellos mismos confiesan) de que son seguramente los hijos de Dios. Más bien, se santiguan contra esto como contra la más herética arrogancia y se quedan estancados en la duda. Les sucede como creen, y no son y nunca se hacen hijos de Dios y salvados. Sin embargo, hacen las obras de la ley, hasta ejerciéndose y empujándose. Así son esclavos y siguen siéndolo y no producen más que su premio temporal, de modo que en la tierra tienen abundancia, descanso, honor y días buenos. Vemos eso ahora en el clero, que tienen toda la riqueza, el poder, placer, honor y ventaja en este mundo. Su premio es que son esclavos y no hijos. Por tanto, cuando mueran, serán todos expulsados de la herencia eterna que nunca querían creer ni recibir por medio de la fe en esta vida. Así las obras tanto del hijo y del esclavo no son muy diferentes, pero la fe y el espíritu los dividen.

23. El apóstol quiere decir, y también es la verdad, que sin esta fe, la ley con todas sus obras solo nos hace esclavos, porque solo la fe nos hace hijos. Ni la ley ni las obras ni la naturaleza nos pueden dar esta fe, sino solo el evangelio nos trae la fe con él cuando la escuchamos. Ese evangelio es la palabra de gracia, y el Espíritu Santo sigue cuando se predica y tranquilamente se oye, como lo muestran Cornelio y sus parientes y amigos, que recibieron el Espíritu Santo solo escuchando (Hechos 10:24,44).

24. Así la ley no fue dada por ninguna razón sino para que el hombre reconociera que por medio de ella es sin gracia y que no tiene un espíritu filial sino servil, que sirve a Dios sin fe ni confianza, y no voluntariamente. Ellos mismos confiesan que no tienen esta confianza. Si hicieran más confesión, tendrían que decir que preferirían estar sin la ley y no están bajo ella voluntariamente. Así con ellos todo es forzado e incrédulo, y tienen que confesar que no pueden llegar más allá por la ley. Deben aprender de la ley y reconocer que son esclavos y no hijos, y por tanto tienen la intención de salir de la esclavitud y ser hijos de Dios; deben dejar que lo suyo propio no sea nada, para que lleguen por la gracia de Dios y la fe a la vida verdadera.

25. El entendimiento y uso correcto de la ley no hace otra cosa sino mostrar y convencer a todos los que actúan conforme a ella sin fe que son esclavos que trabajan en ella con renuencia y sin confianza en la gracia. La ley quiere que tropiecen en ella, para aprender cuán renuentes e incrédulos realmente son, y así buscar ayuda en otra parte y no tratar de cumplirla ellos mismos. La ley será cumplida solo por los hijos de Dios, pero es el enemigo de los esclavos y los renuentes.

26. Ahora se adelantan y confiesan que no creen, y hasta persiguen la fe que nos hace hijos de Dios. También perciben cuán renuentes son y preferirían estar sin la ley. Todavía tratan de hacerse piadosos por sus obras, pero quieren quedarse esclavos y no ser hijos, y sin embargo quieren quedarse en posesión; así ponen todo cabizbajo. Entienden la ley (en la cual deben tropezar y aprender que son esclavos renuentes, y luego desesperarse de ellos mismos y aferrarse a la fe que trae la gracia y nos hace hijos de Dios) en tal forma que solo piensan de las obras y tratan de cumplirla. Más bien, impiden la meta y la intención de la ley, y luchan contra la fe y la gracia, a la cual la ley les señala, urge y compela. Así siempre quedan un pueblo ciego, necio, afanoso y servil.

Esa es la intención de Pablo cuando escribe: “porque por las obras de la Ley ningún ser humano será justificado delante de él” (Romanos 3:20). ¿Por qué? Responde y dice: “Porque por la ley no sucede otra cosa que el conocimiento o la experiencia del pecado”.

27. ¿Cómo sucede eso? Considera uno de esos Caínes y sabrás. Primero, hace todas sus obras conforme a la ley con gran dolor y labor. Sin embargo, libremente confiesa que no cree que es hijo de Dios y santo. De hecho, como se ha dicho, condena tal fe como la más grande abominación y herejía. Quiere quedarse en la duda y esperar hasta que se haga tal hijo por sus obras.

28. Aquí ves claramente que la persona no es buena o justificada cuando esta fe no está en él; de hecho, es un enemigo de esta fe. Por tanto, también es un enemigo de la justicia. En consecuencia, sus obras definitivamente no son buenas, sin importar cuán atractivamente brillan según la ley. Así entenderás que San Pablo tiene la razón cuando dice: “por las obras de la Ley ningún ser humano será justificado delante de él” (Rom 3:20). A la vista de Dios, la persona tiene que ser buena antes que las obras sean buenas. Sin embargo, ciertamente es justificada por sus obras a la vista de la gente, que pasan

sentencia conforme a las obras, no conforme al espíritu o el corazón. La gente juzga a la persona según las obras; Dios juzga las obras según la persona.

El primer mandamiento de la ley exige y manda que honremos y tengamos un Dios, a saber, confiar en él, edificar sobre él y depender de él. Esta es la verdadera fe, que nos hace hijos de Dios. Así por esta ley ves claramente y reconoces el pecado de este Caín, a saber, su incredulidad. Asimismo, también sientes en ti mismo si crees o no. Sin tal ley, nadie podría sentir ni reconocer esto. San Pablo llama eso “conocer el pecado por medio de la ley”.

29. No puedes ayudarte a salir de esta incredulidad, ni lo puede hacer la ley. Por tanto, todas tus obras, con que intentas cumplir la ley, tienen que quedarse obras de la ley y no pueden justificarte delante de Dios. Él considera solo los que creen en él y son sus hijos como justos, porque solo ellos cumplen el primer mandamiento y lo tienen como su verdadero Dios.

Aunque te torturaras hasta la muerte con obras, tu corazón todavía no puede de esta manera producir la fe que este mandamiento exige. De hecho, como se ha dicho, las obras no toleran ni reconocen tal fe; tampoco saben que es requerido por la ley. Por tanto, esta persona tiene que quedarse un mártir del diablo y un perseguidor de la fe y de la ley, por esas mismas obras por las cuales es tan arrogante, hasta que recupere el sentido, se conozca, se desespere de sí mismo y sus obras, dé a Dios la gloria, confiese que él no es nada, y suspire solo por su gracia, a la cual Dios lo ha empujado por medio de la ley. Luego la fe y la gracia vienen y llenan a los vacíos y alimentan a los hambrientos. Entonces siguen obras verdaderamente buenas, que no son obras de la ley, sino obras del Espíritu de la gracia; en la Escritura se llaman las obras de Dios, que él hace en nosotros. Todo lo que Dios no obra en nosotros por medio de la gracia, o que nosotros hacemos por nosotros mismos sin la gracia, definitivamente es una obra de la ley que no vale para la justificación, sino es mala y contra Dios debido a la incredulidad en que sucedió.

30. Segundo, tal Caín nunca hace sus obras voluntariamente y de un corazón libre y animado, a menos que primero se le paguen y se le permiten hacer lo que quiere y se le da lo que desea. Es como un esclavo que no hace lo que debe a menos que sea forzado y se le permite lo que quiere. Todos estos son siervos fastidiosos que tiene que ser forzados, y tienen que ser honrados e implorados para hacer alguna obra. Así todos los Caínes son fastidiosos y desagradables a la vista de Dios, porque no hacen ninguna obra de la ley a menos que sean forzados y compelidos por el temor del infierno y otros problemas, o solo por implorarles y ceder a su propia voluntad, de modo que Dios les da abundantemente y trata con ellos como quieren.

Así ves otra vez que no tienen corazón ni gozo por la ley, sino para el placer o hasta el temor del castigo, de modo que es claro que en el fondo de sus corazones son enemigos de la ley y preferirían que ni hubiera ley. Así, si la persona no es buena, luego sus obras tampoco son buenas, porque las hace solo compelida por el temor o por placer y ceder a su voluntad, producida por rogar e implorar.

31. Así la ley nos enseña a reconocer y percibir ese espíritu renuente e indispuerto. Todo eso es pecado a la vista de Dios. ¿Qué clase de santidad es cuando haces la obra con tus manos, pero no eres un amigo de la ley y del que dio la ley? Es un pecado cuando no somos amigos de la ley.

Nota que lo que Pablo llama “conocer el pecado por la ley” significa que tropezamos contra ella, sentimos y experimentamos esa renuencia en nuestro corazón, nos horrorizamos por ello, nos desesperamos de nosotros mismos, y buscamos la gracia con apuro y sed. La gracia quita de nosotros esa indisposición y produce en nosotros un espíritu voluntario, animado, que desde el corazón es amigable hacia la ley y voluntariamente hace las obras sin fuerza y sin rogar, no considerando nada sino agradarse de la justicia y la ley en sí, ni buscando un premio ni temiendo el castigo. Así el esclavo se convierte en hijo, y el siervo se hace un heredero. Nadie produce ni da ese espíritu excepto la fe en Cristo, como se dijo antes. Ahora miremos la Epístola.

*“Entre tanto que el heredero es niño, en nada difiere del esclavo, aunque es señor de todo”*

32. Usa una comparación tomada de las costumbres humanas. Vemos que un niño o heredero menor de edad, a quien los padres dejarían atrás propiedad o lo transferirían con un testamento, es creado y considerado un esclavo en esa misma propiedad. El hijo no es señor de la propiedad, no está libre para usarla como quiere, sino se mantiene bajo temor y disciplina, de modo que solo tiene comida y ropa de ella, aunque la propiedad realmente es de él. En este respecto, es como un extraño en sus propias posesiones, así como un esclavo.

33. Es lo mismo también en los asuntos espirituales. Dios hizo un testamento cuando prometió a Abraham: “En tu simiente, Cristo, serán benditas todas las naciones de la tierra” (Génesis 22:18). Ese testamento después fue establecido por la muerte de Cristo, y después de su resurrección fue distribuido por el evangelio. El evangelio no es otra cosa sino una proclamación y revelación de este testamento en que se dijo al mundo entero que la bendición y la gracia son legados y dados a toda la gente en Cristo, la Simiente de Abraham. El que cree esto lo recibe.

34. Ahora, antes que se revelara y proclamara este testamento, los hijos de Dios estaban bajo la ley, luchaban con las obras de la ley, y fueron compelidos por ellas, aunque ciertamente no fueron justificados por ellas; más bien, sus obras fueron serviles e ineficaces. Sin embargo, porque se estaban equipando para la fe futura que les haría hijos de Dios, ciertamente son los herederos verdaderos de esa gracia y bendición, aunque todavía no la tenían ni la usaban, sino estaban, como los otros incrédulos, ocupados con obras serviles. Ahora y siempre ha sucedido, y todavía sucede, que mucha gente cree y reconoce la fe que antes estaba sumergida en obras, no conocía la fe, y eran hipócritas en las obras, igual que los demás. Pero ahora que han apropiado la fe y recibido la herencia, ciertamente también antes fueron herederos y equipados para esto por Dios, aunque en ese tiempo no sabían nada de ello y eran como esclavos, santos de obras y santos al estilo de Caín.

35. Así todavía ahora hay algunos que se ocupan con las obras y la santidad de Caín y son esclavos, así como el otro Caín. Sin embargo, son los herederos futuros e hijos porque creerán en el futuro, y luego dejarán su naturaleza servil, se alejarán de las obras, y obtendrán la posesión y herencia principal de la justificación, por medio de la cual son justificados y salvos sin obras. Luego harán todas sus obras voluntariamente para la gloria de Dios y el beneficio de su prójimo, sin buscar ningún premio ni justificación. Ya antes tienen todo eso en esta herencia y la propiedad principal por la fe, que Cristo les legó en su testamento y después hizo abrir, leer, clamar y distribuir por medio del evangelio por pura gracia y misericordia.

36. Abraham y todos los padres conocían este testamento de Dios; les fue distribuido y dado como a todos nosotros. Aunque en ese tiempo no fue leído ni clamado en el mundo entero como lo fue después de la ascensión de Cristo, sin embargo, obtuvieron la misma cosa con la misma fe con que nosotros y todos los hijos de Dios la obtenemos. Hay una gracia, una bendición, un testamento, una fe, así como el Padre es uno y es un Dios de todos nosotros.

37. Aquí ves cómo San Pablo enseña en todo lugar, a saber, que la justificación viene no por obras sino solo de la fe, sin ninguna obra, ni parcialmente, sino todo de una vez. El testamento incluye todo: la justificación, la salvación, la herencia y la propiedad principal. Por la fe se posee todo de una vez, no por pedazos. Es muy claro que ninguna obra, sino solo la fe, nos trae estas buenas cosas de Dios, a saber, la justificación y la salvación, y todo simultáneamente y no en pedazos (como las obras se tienen que hacer en pedazos) nos hace sus hijos y herederos que después voluntariamente hacen toda clase de obras sin ningún espíritu servil que imagina que es piadosa y merece algo de esa forma. No hay necesidad de ningún mérito aquí, porque la fe gratuitamente nos da todo y más de lo que nadie puede merecer. Más bien, hacen las obras gratuitamente y de antemano tienen todo lo que buscan y nunca encuentran los santos al estilo de Caín con sus obras, a saber, la justificación y la herencia divina, o la gracia.

*“sino que está bajo tutores y administradores hasta el tiempo señalado por el padre.”*

38. Estos tutores y administradores son la gente que crían el heredero y lo mantienen con la propiedad de sus padres, para que no se haga salvaje y un vagabundo. Aunque ciertamente no ponen la herencia en sus manos, todavía son necesarios y útiles para él de muchas maneras. Primero, como se dijo, lo mantienen en el hogar con la propiedad, de modo que se haga tanto más capacitado para la herencia. Segundo, su deseo por la herencia se hace tanto más grande cuando ve cuán estricta y duramente es tratado. Cuando llega a la mayoría de edad, comienza a desear su libertad y se hace renuente a estar bajo control de alguien.

39. Así es y debe ser para cada uno que todavía vive entre obras bajo la ley y es un esclavo. La ley es su tutor y administrador, bajo el cual vive como bajo la mano de otro. La ley se le da, primero, para que se quede dentro de los límites y sea entrenado, para que sea restringido externamente de obras malas por temor del castigo, para que no se

haga demasiado salvaje y arriesgue todo y hasta se ponga fuera de Dios y su salvación, como lo hacen los que atrevidamente se dedican a pecar en toda forma.

La ley se da, segundo, para que aprenda a conocer a sí mismo, llegue a la razón, y vea cuán renuente es bajo la ley, cómo no hace nada como un hijo de Dios voluntario, cómo hace todo como un esclavo forzado. De esta manera experimenta lo que falta, a saber, un espíritu libre, nuevo, voluntario, que la ley y sus obras no pueden darle. De hecho, entre más obra, más renuente se hace y más difícil es obrar sin tal espíritu.

40. Cuando encuentra esto en él mismo, luego ve que guarda la ley externamente, pero adentro en su corazón es enemigo de ella con su corazón apático y reacio. Así ciertamente, sin cesar, es un pecador interior contra la ley y un santo exterior según la ley, es decir, un verdadero Caín y un gran hipócrita. Se hace obvio a él que su corazón es un corazón de pecado. Su corazón se inclina a ir contra la ley, y así ciertamente se inclina al pecado; solo sus manos son compelidas a obedecer la ley.

41. Por tanto, San Pablo apropiadamente llama tales obras “obras de la ley”. La ley las fuerza a salir de él, y no son nada más para él sino obras. Ahora, la ley también quiere tener el corazón y que las obras se hagan voluntariamente, de modo que no solo digamos “obras de la ley” sino también “un corazón de la ley”; no solo “manos de la ley” sino también “voluntad, espíritu, y todos los poderes de la ley”, como el salmista dice: “Bienaventurado el varón ... que en la ley de Jehová está su delicia y en su Ley medita de día y de noche.” (Salmo 1:1–2). La ley ahora exige este espíritu, pero no lo da. La naturaleza humana no puede producirlo por sí mismo, de modo que la ley lo presiona y lo condena al infierno como desobediente a los mandatos de Dios. Luego hay angustia y una mala conciencia, pero no hay ayuda.

Esto es el tiempo establecido por el Padre cuando la naturaleza humana desea la gracia y la ayuda, cuando confiesa su miseria, inhabilidad y culpa; abandona la arrogancia de sus propias obras y desprecia a sí mismo. Se hace consciente de que no hay diferencia entre él y los pecadores públicos excepto en las obras externas; en el corazón es tan contrario a la ley como cualquier pecador. Puede suceder que su corazón odie más la ley que cualquier otro pecador, puesto que el pecador en perpetrar el pecado puede sentir menos deseo por el pecado y puede llegar a ser algo hostil hacia el pecado por el disgusto o el daño que encuentra en el pecado y que surge de él. Pero los últimos, porque la ley y el tutor están en el camino, restringiéndolo, bien puede quemarse y enfurecerse en sus deseos y codicias del pecado, y sin embargo no puede hacer las obras. Así es más piadoso en sus obras que el primero, pero en su corazón, más malvado.

42. Ahora todos fácilmente pueden entender que esta división es muy desigual, cuando damos nuestras manos a la ley y todo nuestro corazón al pecado, puesto que todo el corazón es inmensurablemente más que la obra de las manos. ¿Qué es esto sino dar la hojarasca a la ley y el grano al pecado, dar la cáscara a Dios y la nuez al diablo? Así sucede, como dice el Evangelio que el pecado del pecador público es una astilla, y su propio pecado es una gran viga.

43. Cuando sucede la desgracia de que Caín no ve esta viga y no aprenderá de la ley a conocer a sí mismo de esta forma, sino se queda endurecido y ciego en sus obras y no presta atención a su abominación interior, entonces actúa con torpeza y desvergonzadamente juzga a todo el mundo, desprecia a los pecadores, como el fariseo en el Evangelio piensa que no es “como los otros hombres” y piensa que es piadoso. Si alguien quiere reprender y condenar su vida y obras (como es correcto), se enfurece y fulmina, mata a golpes a Abel, persigue a todos, y después dice que lo hace por amor a las buenas obras y la justicia, para alabanza de Dios. Quiere tener gran mérito como el que persigue a blasfemos, herejes, ofensores y gente mala que lo llevarían al error y alejarlo de las buenas obras.

Todo lo que la Escritura dice de estos espíritus perniciosos se aplica aquí: Cristo los llama “generación de víboras” e hijos de serpientes. Son Caín y siguen siéndolo; son esclavos y quedan como tales.

44. Pero los que serán Abel e hijos de Dios aprenden de la ley a conocerse a ellos mismos para conocer cuán renuente es su corazón con la ley. Se apartan de su arrogancia y la sueltan con manos y pies, y se hacen nada a sus propios ojos por este conocimiento. Luego viene el evangelio, por el cual Dios “da gracia a los humildes” (1 Pedro 5:5). Se acogen de su voluntad y creen. Con y en esta fe reciben al Espíritu Santo, que les da un corazón nuevo que se deleita en la ley, odia el pecado, y voluntaria y felizmente hace el bien. Allí ya no hay obras de la ley, sino más bien el corazón de la ley. Este es el tiempo establecido por el padre para el heredero, de modo que ya no es un esclavo ni bajo tutores. Esto es lo que San Pablo quiere decir con las palabras siguientes:

*“Así también nosotros, cuando éramos niños estábamos en esclavitud bajo los rudimentos del mundo.”* (Gálatas 4:3)

45. En el texto griego, el apóstol usa la palabra que en latín es “elementos”. Pero no debemos entender con las palabras “elementos del mundo” los cuatro elementos naturales de fuego, aire, agua y tierra. Toda la Escritura no usa esa palabra “elemento” para estas cuatro partes de la creación, Esa forma de hablar de los elementos se deriva del paganismo, y sería un ataque horrible contra las Escrituras entrar en ellas con ese concepto. Más bien, con “elementos” quiere decir la escritura o letras de la ley. Tanto el latín y el griego llaman las letras “elementos”.

Así dice: “Debiendo ser ya maestros después de tanto tiempo, tenéis necesidad de que se os vuelva a enseñar cuáles son los primeros rudimentos de las palabras de Dios; y habéis llegado a ser tales, que tenéis necesidad de leche y no de alimento sólido” (Hebreos 5:12). Asimismo: “Mirad que nadie os engañe por medio de filosofías y huecas sutilezas basadas en las tradiciones de los hombres, conforme a los elementos del mundo, y no según Cristo” (Colosenses 2:8). También: “Pero ahora, ya que conocéis a Dios o, más bien, que sois conocidos por Dios, ¿cómo es que os volvéis de nuevo a los débiles y pobres rudimentos, a los cuales os queréis volver a esclavizar? Guardáis los días, los meses, los tiempos y los años” (Gálatas 4:9–10).

46. En estos pasajes directamente llama la ley elementos despreciables o letras débiles y sin valor porque no pueden ayudar. Además, hace gente débil y sin valor, porque exige el corazón y espíritu, pero el corazón y el espíritu no están allí. Por tanto, la conciencia se hace sin valor y débil; sabe que debe tener, pero no tiene y no puede tener. Describe esa idea con las palabras: “la letra mata, pero el Espíritu da vida” (2 Corintios 3:6).

Algunos entienden estos elementos a ser no las letras o la ley, sino las ceremonias y formas externas de la adoración y la buena vida, que la gente considera altamente y en que se entrenan a los niños, es decir, que los elementos son las primeras formas torpes y juveniles de adoración.

48. Pero los llama “elementos de este mundo” porque todos los santos de obras, que piensan que hacen las obras de la ley, realmente no las hacen. Están atados a cosas temporales, mundanas, tales como días, alimento, ropa, lugares, personas, vasijas, y cosas por el estilo. Todas estas son criaturas del mundo, y todas las obras de la ley tienen que tratar de ellas. Por eso lo hemos traducido como “reglas externas”.

49. Pero aparte de este mundo, la fe se apega a Dios, la palabra de Dios, y su misericordia, y nos justifica ni por obra ni por ninguna otra cosa mundana, sino por la gracia eternamente invisible de Dios. Para el cristiano, un día es igual a otro; toda comida es igual; todos los lugares, personas, ropa y todas las cosas mundanas son iguales. No ayudan ni impiden su santidad y justificación, como hacen para Caín y los santos de obras. Por tanto, la fe no es un elemento de este mundo, sino la plenitud de los bienes eternos.

Asimismo, aunque la fe obra en el tiempo y externamente, aún así no conoce nada de ninguna cosa terrenal. Libremente obra con ellas, pero todas tienen igual valor, así como las personas, lugares, tiempos, comida y ropa lo son. No se imagina nada especial para él, sino trata con todo que le sucede, lo que se va lo deja ir, y no reclama ningún nombre ni distinción para su conducta en el mundo.

50. Pero Caín tiene que tener un nombre y una distinción. Este no come carne. Otro no viste negro. Este no ora en una corte. Aquel observa este día. Aquel otro está atado a una cosa, otro a algo más. Sin embargo, todas son cosas temporales, mundanas, que desaparecen. Por tanto, todos son esclavos de los elementos de este mundo y sin embargo se llaman órdenes santas, buena moral, y caminos verdaderos a la salvación.

Acerca de todas estas cosas dice: “Si habéis muerto con Cristo en cuanto a los rudimentos del mundo, ¿por qué, como si vivierais en el mundo, os sometéis a preceptos tales como: «No uses», «No comas», «No toques»? Todos estos preceptos son solo mandamientos y doctrinas de hombres, los cuales se destruyen con el uso. Tales cosas tienen a la verdad cierta reputación de sabiduría, pues exigen cierta religiosidad, humildad y duro trato del cuerpo; pero no tienen valor alguno contra los apetitos de la carne” (Colosenses 2:20–23).

51. Por este y los pasajes anteriores se concluye que todas las órdenes, conventos y monasterios, que hasta ahora hemos llamado el estado espiritual, contradicen directamente el evangelio y la libertad de la vida cristiana y están en mayor peligro que los estados seculares, puesto que todo lo que ellos hacen son solo los elementos de este mundo, atados a ropa, personas, lugares, comida, vasijas, tiempos y apariencias, que son solo cosas mundanas y temporales. Los que se adhieren a tales cosas y se imaginan que son piadosos y espirituales por medio de ellas no tienen fe y ya no son cristianos. Toda su vida no es más que pecado y corrupción.

52. Por tanto, es más necesario para ellos que para toda la otra gente prestar atención a su camino de vida, y adherirse muy firmemente y apegarse a la fe, que tiene su justicia aparte del mundo y las cosas mundanas. Tal pretensión y brillo nos arranca violentamente de la fe más que los peores pecados públicos y no hace otras personas sino las acerca de quienes San Pablo aquí dice: “Cuando éramos niños estábamos en esclavitud bajo los rudimentos del mundo” (Gálatas 4:3); es decir, cuando todavía no conocíamos la fe y estábamos ocupados solo con las obras de la ley, entonces hacíamos (aunque con renuencia) como esclavos aquellas obras que dependen de cosas temporales y pensábamos que nos haríamos piadosos y salvos por medio de ellas. Esa opinión fue falsa y nos hacía niños y esclavos. De otro modo, mientras esa opinión no estaba allí, esas obras eran inocuas. Solo la fe borra esa opinión y nos enseña a hacernos piadosos solo por la gracia y a considerarnos como independientes de todas las cosas temporales.

“Pero cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer y nacido bajo la Ley, para redimir a los que estaban bajo la Ley, a fin de que recibiéramos la adopción de hijos” (Gálatas 4:4–5).

53. Porque la ley no puede darnos justificación ni fe, y la naturaleza con todas sus obras no merece nada, San Pablo ahora introduce la persona que ha merecido esta fe en nuestro lugar y que es el maestro de la justificación. La justificación no se hizo nuestra sin precio, sino costó mucho, a saber, el Hijo de Dios mismo. Pablo dice: Cuando vino el cumplimiento del tiempo”, es decir, cuando el tiempo en que éramos niños y esclavos había llegado a su fin. San Pablo habla como habla la Escritura, que se acostumbra a decir que el tiempo está cumplido cuando llega a su fin. Por ejemplo: “Y como se cumplieron los días de Pentecostés” (Hechos 2:1, RV 1909), es decir, cuando el tiempo se acabó y terminó. Asimismo: “y yo cumpliré el número de tus días.” (Éxodo 23:26, RV 1909); a saber, no los acortaré, sino cumpliré todos ellos. “Cuando a Elisabet se le cumplió el tiempo de su alumbramiento” (Lucas 1:57).

54. Así, el Maestro de los altos pensamientos, el “maestro de las sentencias” cometió un error cuando explicó este pasaje de San Pablo con el significado de que el tiempo del cumplimiento es el tiempo de gracia después del nacimiento de Cristo. Esto está directamente contrario al apóstol, que no dice “el tiempo del cumplimiento”, sino “el cumplimiento del tiempo”, indicando un tiempo previo establecido por el Padre para el heredero a estar bajo guardianes mientras es joven.

55. Como ese tiempo fue cumplido para los judíos por la venida corporal de Cristo, así todavía se cumple diariamente cuando uno es iluminado por la fe, de modo que su esclavitud y laborar en cumplir la ley llega a su fin. La venida corporal de Cristo no serviría para nada si no efectuara la venida espiritual de la fe. Vino corporalmente para que pudiera nutrir la venida espiritual. Ha venido espiritualmente a todos los que, antes o después, han creído en su venida corporal. Por tanto, siempre vino a los antiguos padres por causa de su fe, y hasta la fecha no viene a los judíos actuales debido a su incredulidad.

Desde el comienzo del mundo hasta el fin, todo depende de esa venida corporal; aferrándose de ella, cesa la esclavitud cuandoquiera, en dondequiera y en cualquiera forma en que sucede ese aferrarse. Así, el tiempo es cumplido para cada uno cuando comienza a creer en Cristo como el que debería venir y ahora ha venido.

### LO QUE DEBEMOS CREER ACERCA DE CRISTO Y CÓMO

56. Este pasaje es un texto tan rico que no sé si podemos ser dignos de explicarlo. No es suficiente creer que Cristo vino, sino que vino en la forma que San Pablo aquí declara, es decir, que fue enviado por Dios y es el Hijo de Dios; otra vez, que es un verdadero hombre; otra vez, que su madre fue una virgen; además, que solo él ha cumplido la ley; otra vez, que no lo hizo por sí mismo, sino misericordiosamente para nuestro bien. Miremos estos puntos uno tras otro.

Todo el Evangelio de Juan hace el primer punto, como se dijo antes acerca de la Navidad, que siempre señala que Cristo es el Hijo de Dios y enviado del Padre. Todo el que no cree que es verdadero Dios ya está perdido, como dice: “Si no creéis que yo soy, en vuestros pecados moriréis” (Juan 8:24). Asimismo: “En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres” (Juan 1:4). También: “Yo soy el camino, la verdad y la vida” (Juan 14:6). La razón es:

57. El alma puede y debe estar satisfecho solo del bien más alto que la creó, que es la fuente de su vida y salvación. Por tanto, Dios mismo quería ser el de quien el alma dependiera y creyera. Esta gloria, que las criaturas deberían creer en él, no pertenecería a nadie sino solo a Dios; por eso Dios mismo vino y se hizo hombre, y se ofreció a los seres humanos, les atrae a él, y les invita a creer en él. Dios no necesitaba venir y hacerse hombre, pero es necesario y de beneficio para nosotros. Ahora, si Cristo no fuera verdadero Dios y no nos aferráramos a él con la fe, Dios sería robado la gloria que se le debe, y nosotros seríamos robados de la vida y la salvación. Debemos creer solo en Dios, quien es la verdad misma; así no podemos vivir ni ser salvos sin Dios.

58. El apóstol dice: “Dios envió a su Hijo”. Si lo iba a enviar, entonces primero tenía que existir; y así existía ya antes que viniera y se hiciera hombre. Si es el Hijo, luego es más que un ángel. Si es más que hombre y ángel, que son las más altas criaturas, entonces debe ser verdadero Dios. Ser el Hijo de Dios es más que ser un ángel, como se dijo en la Epístola para la Navidad. Además, si es enviado por Dios y es el Hijo, debe

ser otra persona que el Padre. Así San Pablo aquí enseña que hay un Dios y dos personas, el Padre y el Hijo. Hablaremos más tarde del Espíritu Santo.

59. Segundo, también debemos creer que es un verdadero hombre natural y el Hijo del Hombre, puesto que San Pablo dice que vino de una mujer y fue hecho de una mujer. Todo lo que sale de una mujer es un verdadero hombre natural. Es la naturaleza de una mujer dar a luz a un verdadero ser humano. Así también dice: “Si no coméis la carne del Hijo del hombre y bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros” (Juan 6:53). Comer y beber no es otra cosa sino creer que es el Hijo de Dios y tiene verdadera carne y sangre, como cualquier otro ser humano.

Eso también es el testamento de Dios que expresó a Abraham: “En tu simiente serán benditas todas las naciones de la tierra” (Génesis 22:18). Si ahora es la Simiente de Abraham, realmente debe tener la carne y sangre de Abraham y ser su hijo natural.

60. Por tanto, nadie tiene el derecho a hacer su propio camino a Dios con su propia devoción u obras. No ayuda cuando invoques a Dios como los judíos y los turcos; debes llegar a él a través de la Simiente de Abraham y ser bendito por medio de él, conforme a las palabras del testamento de Dios. No hará uno especial para ti y por amor a tu servicio romper su testamento. Debes abandonar lo tuyo y aferrarte a esta Simiente, carne y sangre, o estás perdido con toda la destreza y sabiduría que sabes de Dios, porque él dice: “nadie viene al Padre sino por mí” (Juan 14:6).

61. Ya que la naturaleza divina es tan alta e intangible para nosotros, para nuestro beneficio ha tomado sobre sí la naturaleza más familiar para nosotros: la nuestra. Eso es cómo quiere cuidarnos; allí es donde quiere ser encontrado, y en ninguna otra parte. Todo el que clama a él es oído inmediatamente. Aquí está el trono de la gracia, en donde nadie que viene es excluido. Los otros, que lo dejan morar aquí en vano y quisieran servir e invocar el Dios que creó cielo y tierra de otra forma, ya tiene su respuesta cuando el salmista dice: “Clamaron, y no hubo quien salvara; aun a Jehová, pero no los oyó” (Salmo 18:41).

62. Tercero, debemos creer que su madre fue una virgen. El apóstol muestra eso cuando dice que el Hijo de Dios salió de una mujer, a saber, no de un hombre, como todos los otros niños. Este hombre solo, de toda la gente, nació solo de una mujer. No quería decir “de una virgen”, porque virgen no es un nombre y estatus de la naturaleza. Pero mujer es un nombre y un estatus de la naturaleza, a la cual naturalmente pertenece llevar fruto y dar a luz hijos. Así la madre de Cristo fue una verdadera mujer natural y produjo este fruto; sin embargo, lo hizo por ella sola, no de un hombre. Por tanto, es una mujer virginal y no solo una virgen.

63. El apóstol pone más énfasis en el nacimiento de Cristo que en la virginidad de María. Por eso guarda silencio sobre la virginidad, que fue solo su propio adorno personal, solo de beneficio para ella misma, y señala su ser mujer, que beneficiaba no solo a ella sino también a su fruto. Porque, para Cristo, no tanto depende de su virginidad sino de su ser mujer. También fue escogida como virgen no por causa de ella

misma, sino por amor a Cristo, para que él tuviera como su madre una mujer de quien podría nacer sin pecado. No podría haber nacido de esa manera a menos que fuera una mujer virginal que concebía y daba a luz sin la cooperación de un hombre.

64. El testamento de Dios incluye esto, también, en donde dice: “Toda la gente será bendita en la Simiente de Abraham”. Si deben ser benditos, eso es una señal de que antes fueron maldecidos debido a su nacimiento terrenal que sucedió en el pecado derivado de Adán. Si esta Simiente de Abraham debe bendecir a todos los demás, él mismo no debe ser maldito. Así ciertamente no podía venir por el nacimiento de Adán, que es completamente maldito.

65. Por otro lado, debe ser el hijo natural de Abraham, su carne y sangre, para que pueda quedar firme el testamento de Dios, que no puede mentir. ¿Cómo se hará esto? ¿Debe ser un niño natural, nacido de carne y sangre, y sin embargo no un hijo de nacimiento carnal? La solución se encuentra en que no se involucraba ningún hombre, y así se hizo un verdadero hijo natural de una mujer, la verdadera Simiente de Abraham, y sin embargo no nacido en pecado, sino lleno de bendición, de modo que por medio de él todos los que estaban maldecidos en su propio nacimiento son benditos. Lo suficiente sucedió para cumplir el testamento de Dios, y sin embargo evitar un nacimiento carnal y la enfermedad de Adán, un nacimiento carnal se logró en una manera espiritual. ´

66. Aunque la santa virgen María debe ser altamente honrada por su virginidad, sin embargo, la gloria de su ser mujer fue inmensurablemente mayor. El testamento de Dios se cumplió a través de sus miembros femeninos, y la bendita Simiente de Abraham se hizo un fruto bendito de su cuerpo femenino. Para eso, su virginidad no habría sido suficiente; de hecho, no habría servido para nada.

67. Cuarto, debemos creer que solo Cristo ha cumplido la ley, como dice: “No he venido a abolir la ley, sino a cumplir” (Mateo 5:17). Eso se provee también por el contenido del testamento, que dice: Todo el mundo es maldecido y será bendecido en la Simiente de Abraham” (vea Génesis 22:18). Ahora, si todo es maldito y desprovisto de bendición, entonces la persona no es buena sino solo es Caín, y luego las obras también no deben ser buenas, como se dijo antes. Dios no mira las obras, sino primero a la persona, Abel y Caín, y las obras de la ley no hacen a nadie piadoso ni justo.

68. Porque Cristo rechaza todas las obras de la ley y requiere primero la bendición y la bondad de la persona, puede parecer que rechace las buenas obras y quisiera abolir toda la ley. Sin embargo, primero nos enseña verdaderamente a hacer buenas obras. Por tanto, habla contra esa clase de pensar: “No debes pensar que he venido a abolir la ley porque rechazo las obras de la ley. Mucho más quiero que se cumpla por la fe en mí de la gente, porque la fe primero hace la persona buena y luego hace obras verdaderamente buenas”.

Así también San Pablo, cuando rechaza todas las obras de la ley y exalta solo la fe, dice: “Luego, ¿por la fe invalidamos la Ley? ¡De ninguna manera! Más bien, confirmamos la Ley” (Romanos 3:31). Así también ahora la gente dice que prohibimos las buenas obras

cuando rechazamos la vida en los conventos y monasterios junto con sus obras. Sin embargo, gustosamente quisiéramos que primero creyeran correctamente, por lo cual la persona llegaría a ser buena y bendita en Cristo, la Simiente de Abraham, y luego hacer buenas obras, que sirven para la mortificación del cuerpo y las necesidades de nuestro prójimo. Las obras que se hacen en los conventos y monasterios no tratan para nada de eso, como se ha dicho suficientemente.

69. Se debe notar que nadie puede cumplir la ley a menos que sea librado de la ley y ya no esté bajo ella. Por tanto, otra vez tenemos que acostumbrarnos a la manera paulina de hablar acerca de estar “bajo la ley”, para que sepamos quién está y quién no está bajo la ley. Todos los que hacen buenas obras porque son mandadas, por temor al castigo y buscando un premio, están bajo la ley. Tienen que ser piadosos y hacer bien, pero con renuencia. Por tanto, la ley es su amo y gerente, y ellos son sus esclavos y cautivos. Sin embargo, toda la gente es naturalmente fuera de Cristo, la bendita Simiente de Abraham. Eso lo demuestra la experiencia y la conciencia de cada uno.

Si no fuera por el empuje de la ley y el castigo o premio, todos podrían en su capricho hacer lo que querían sin ser castigados ni premiados, entonces haría el mal y dejaría de lado lo bueno, particularmente cuando la tentación o alguna otra razón lo incitara. Pero cuando la ley está en su camino con sus amenazas y promesas, entonces se abstiene del mal y hace lo bueno, no por amor de lo bueno y odio del mal, sino por temor del castigo o la consideración del premio. Por tanto, los santos al estilo de Caín están bajo la ley y empujados por ella como esclavos.

70. Sin embargo, los que no están bajo la ley hacen el bien y evitan el mal, sin considerar la ley con sus amenazas, promesas y premios. Más bien, hacen lo bueno por una voluntad libre, animosa, y el amor del bien y el odio del mal, porque se deleitan con la ley de Dios. Aunque no fuera mandado, todavía no quisieran que fuera diferente, sino harían lo bueno y evitarían el mal. Estos son verdaderos hijos de Dios. La naturaleza humana no puede hacer eso, pero la Simiente de Abraham, Cristo, con su bendición hace tales personas por su gracia y el Espíritu Santo.

Por tanto, no estar “bajo la ley” no es decir que uno es libre para hacer tanto mal como quiera y no hacer ninguna obra buena. Más bien, es decir que uno hace el bien y evita el mal no por temor, coerción y necesidad de la ley, sino por libre amor y una voluntad animosa, así como no hubiera ley y naturalmente hiciera eso por sí mismo. Asimismo, el cuerpo come, bebe, digiere, defeca, duerme, se mueve, para, se sienta y hace todas las funciones naturales. No hay necesidad de ninguna ley o fuerza para hacer estas cosas, sino hace estas cosas por sí mismo, cada uno en su tiempo y ocasión apropiado. Ciertamente se puede decir que el cuerpo no está bajo ninguna ley, pero no por eso está sin obras, hechas libre y voluntariamente.

71. Debe también estar en nosotros tal libre, natural voluntad de hacer el bien y evitar el mal. Esa es la libertad espiritual y la redención de la ley. Eso es lo que San Pablo quiere decir: “La Ley no fue dada para el justo” (1 Timoteo 1:9); es decir, hace todo el bien y evita todo mal por sí mismo, sin fuerza, sin temor de castigo ni buscar un premio.

Asimismo: “No estáis bajo la Ley, sino bajo la gracia” (Romanos 6:14); es decir, son hijos, no esclavos; hacen todo el bien sin compulsión ni fuerza, de su propia libre voluntad. Asimismo: “pues no habéis recibido el espíritu de esclavitud para estar otra vez en temor, sino que habéis recibido el Espíritu de adopción” (Romanos 8:15). La ley da el espíritu de Caín, temeroso, servil, pero la gracia da un espíritu como Abel, libre, filial por Cristo, la Simiente de Abraham, de que el salmista dice: “¡Crea en mí, Dios, un corazón limpio, y renueva un espíritu recto dentro de mí!” (Salmo 51:10). También, cuando llama al pueblo de Cristo “voluntario, en adorno santo” (Salmo 110:3).

72. Así Cristo cumplió la ley e hizo todo de su libre voluntad, no por necesidad ni compulsión de la ley. No ha habido ni habrá nadie aparte de él que ha hecho esto, a menos que tiene eso de y por él. Así, San Pablo aquí dice que fue “nacido bajo la Ley, para redimir a los que estaban bajo la Ley” (Gálatas 4:4-5).

73. Ese ahora es el quinto punto: creemos que él nos ha tratado bien cambiándonos de esclavos a hijos de Dios. ¿Qué está diciendo con las palabras “para redimir a los que estaban bajo la Ley”? Sin duda, que nos redime de la ley. Pero ¿cómo nos redime de la ley? Como se dijo, no por quebrantar ni abolir la ley, sino por el don de un espíritu voluntario, que hace todo sin ser empujado, sin coerción, dejando de lado la ley con sus amenazas y premios, como si no hubiera ley, y hace todo naturalmente, como lo hacían Adán y Eva antes de la caída.

74. Pero ¿cómo sucede que nos da tal espíritu y nos redime de la ley? Solo por fe. Todo el que cree que Cristo vino e hizo todo para redimirnos ciertamente es redimido. Como cree, así es con él. La misma fe trae consigo ese espíritu, que le hace un hijo de Dios, como el apóstol mismo aquí explica diciendo que Cristo nos ha redimido de la ley para que obtuviéramos la misericordiosa adopción. Así como se acaba de decir, todo esto tiene que suceder por la fe. Así tenemos estos cinco puntos en este texto rico.

#### CÓMO CRISTO FUE “NACIDO BAJO LA LEY”

75. Todavía queda una pregunta: ¿Cómo puede suceder que Cristo está “bajo la ley” si estar “bajo la ley” significa hacer bien por compulsión y obligación de la ley, si nadie cumple la ley a menos que no esté “bajo la ley”, y si Dios quiere tener a los que hacen el bien voluntariamente? Contesto: El apóstol hace una distinción aquí cuando dice que Cristo fue nacido o hecho bajo la ley; es decir, se puso voluntariamente bajo ella, aunque no estaba bajo ella. Nosotros, sin embargo, no fuimos puestos voluntariamente bajo ella. Más bien, dice que estábamos natural y esencialmente bajo ella, contra nuestra voluntad, de modo que, así como Cristo de su libre voluntad y no naturalmente estaba bajo ella, así nosotros, por otro lado, estábamos bajo ella naturalmente y no de nuestra libre voluntad.

76. Por tanto, hay una gran diferencia entre ser puesto bajo la ley y estar bajo la ley, así como también hay una gran diferencia entre la voluntad y la naturaleza. Lo que haces voluntariamente es completamente diferente de lo que haces naturalmente. Lo que haces voluntariamente lo podrías omitir y quedar sin presión; lo que haces naturalmente lo

tienes que hacer, y no tienes opción de hacer otra cosa. Puedes ir al Rin o no, pero tienes que comer, beber, dormir, crecer, digerir, y hacerte viejo, si quieres o no. Así Cristo se puso bajo la ley voluntariamente cuando tenía poder para no hacerlo. Pero nosotros por naturaleza tenemos que estar bajo ella, y no puede ser de otra manera con nosotros. No podríamos voluntariamente guardar y apoyar la ley como si no hubiera ley, como se dijo antes que debemos hacer. Pero Cristo, que no estaba obligado a guardar la ley, voluntaria y libremente la guardó, habiendo actuado como si no hubiera ley para él.

77. Toma una comparación de San Pedro. Estaba en la cárcel de Herodes, atado con dos cadenas, entre los soldados, con vigilantes parados por la puerta. El ángel de Dios entró en la cárcel con una luz brillante, despertó a Pedro, y lo condujo por todos los vigilantes y lo sacó por la puerta, dejando las cadenas en la prisión (Hechos 12:6-7). Esta historia nos muestra cómo Cristo nos redime de la ley. Miremos eso.

Pedro no estaba en la prisión voluntariamente, sino tenía que estar allí. No sabía cómo salir. El ángel también entró en la prisión, pero voluntariamente. No tuvo que estar allí. No estaba allí por él mismo, sino por amor a Pedro. Sabía cómo salir. Cuando San Pedro ahora lo siguió y se unió con él, también salió con él.

Esta prisión es la ley, en que nuestras conciencias están cautivas; está bajo ella renuientemente. Nadie voluntariamente hace el bien mandado por la ley ni omite el mal prohibido por la ley. Más bien, guarda la ley por temor del tormento, o la guarda por amor al premio. El temor o la amenaza y el premio o la esperanza de un premio son las dos cadenas que nos mantienen bajo la ley en la prisión. Los vigilantes son los maestros de la ley, que proclaman a nosotros la ley. Así andamos, de hecho, renuientemente somos echados, en la ley. Cristo es el ángel que voluntariamente viene a nosotros en la prisión bajo la ley. Voluntariamente hace precisamente aquellas obras que nosotros hacíamos renuientemente, porque las hace en nuestro beneficio, para que pueda ligarnos con él y conducirnos para afuera. Ciertamente sabe cómo salir, porque, después de todo, estaba voluntaria y libremente afuera. Si ahora nos adherimos a él y lo seguimos, entonces también saldremos.

78. ¿Pero cómo sucede? El apegarse y salir significa que crees que él hace todo para tu bien. Esa fe te da el Espíritu. Entonces también haces todo voluntariamente, sin compulsión, y estás fuera de la prisión de la ley. Las dos cadenas, el temor y el buscar un premio, ya no te inquietan, sino todas tus obras se hacen libremente por gozo y amor.

79. Para que entendamos tanto más cómo Cristo fue “nacido bajo la ley”, debemos saber que lo hizo de dos formas. Primero, lo hizo bajo las obras de la ley. Se permitió ser circuncidado. Se permitió el sacrificio y la purificación en el templo. Fue sujeto a su padre y madre, y cosas por el estilo. Sin embargo, no fue obligado a hacer eso, porque era Señor sobre todas las leyes. Lo hizo voluntariamente, no temiendo nada ni buscando nada para él mismo en hacerlo. En cuanto a las obras externas, fue como todos los demás que lo hicieron renuientemente como cautivos. Por tanto, su libertad y voluntad fueron escondidos de la gente, así como su encarcelamiento y renuencia también fueron escondidos. Así estuvo bajo la ley y al mismo tiempo no bajo la ley. Se conduce como

los que están en sujeción a ella, pero él mismo es libre. En su voluntad está libre y por tanto no bajo ella, pero en las obras que hace voluntariamente está bajo ella. Pero nosotros estamos bajo ella en nuestra voluntad y nuestras obras, pero entramos en las obras de la ley con nuestra voluntad constreñida.

80. Segundo, él voluntariamente se puso bajo el castigo y el dolor de la ley. No solo hizo las obras que no estaba obligado a hacer, sino también voluntaria e inocentemente sufrió el castigo que la ley amenaza y condena para los que no la guardan. Ahora, la ley sentencia a todos los que no la guardan a la muerte, a la maldición y a la condenación, como San Pablo cita a Moisés: “Maldito sea el que no permanezca en todas las cosas escritas en el libro de la Ley, para cumplirlas” (Gálatas 3:10; Deuteronomio 27:26).

81. Ahora, se ha dicho suficientemente antes que nadie guarda la ley aparte de Cristo, y todos están bajo ella como esclavos, constreñidos y cautivos. Así sigue que todo el que no guarda la ley merece su veredicto y castigo. Por tanto, todo el que está bajo la ley en la primera manera, según las obras, también debe estar bajo ella de la segunda manera, conforme al castigo. Así la primera forma hace todas nuestras obras pecados, porque no suceden voluntariamente sino con renuencia. La segunda manera nos hace malditos, sentenciados a la muerte y la condenación.

Ahora Cristo actúa rápidamente, antes que la sentencia se apodere de nosotros, e interviene. Viene a nosotros, que estamos bajo la sentencia de la ley y sufre esa muerte, maldición y condenación, así como si él mismo hubiera quebrantado toda la ley y fuera culpable del pleno veredicto que cayó sobre el transgresor de la ley. Pero solo él no quebrantó nada sino también guardó toda la ley, la cual él no estaba obligado a cumplir. Su inocencia es de dos clases: Primero, no tenía que sufrir, aunque no hubiera guardado ninguna ley, lo cual ciertamente estaba en su poder. Segundo: tampoco fue obligado a sufrir porque guardó la ley muy voluntariamente. Por otro lado, nuestra culpa también es de dos clases: Primero, debemos guardar la ley y no lo hemos hecho, por lo cual debemos sufrir todo mal. Segundo, aunque la hubiéramos guardado, todavía sería recto que sufriéramos cualquier cosa que Dios quería.

82. Eso es lo que significa que el Hijo de Dios nació bajo la ley para redimir a nosotros que estábamos bajo la ley. Ha hecho eso por nosotros, para nuestro bien, no por su propia necesidad. Quería mostrar puro amor, bondad y misericordia, como dice San Pablo: “Cristo nos redimió de la maldición de la Ley, haciéndose maldición por nosotros” (Gálatas 3:13). Es como si dijera: “Se puso bajo la ley y la maldición por nosotros, para que todos los que creen eso también fueran redimidos de la ley y la maldición”.

83. ¡Ve cuán superabundantes riquezas tiene la fe cristiana! Todas estas obras y el sufrimiento de Cristo se dan al cristiano para que sean suyos, de modo que pueda depender de ellos como si él los hubiera hecho y fueran suyos. Como se dijo, Cristo no los hizo por él mismo, sino para nosotros. Él no los necesitaba, sino acumuló el tesoro para nosotros, para que podamos aferrarnos a él, creerlo, y poseerlo. Además, tal fe trae consigo al Espíritu Santo.

84. ¿Qué más debe hacer Dios? ¿Cómo podría un corazón no ser libre, gozoso, animado y voluntario en Dios y Cristo? ¿Cuáles obras o sufrimiento podrían suceder en que no respondería con cantar y saltar en amor y alabanza de Dios? Cuando no actúa así, entonces ciertamente tiene debilidad de la fe. Entre más fe hay, más gozo y libertad hay; entre menos fe hay, menos gozo hay. Esa es la verdadera redención y libertad de la ley y del veredicto de la ley, es decir, del pecado y la muerte. No que no quede ninguna ley ni muerte, sino que las dos cosas, la ley y la muerte, se hacen como si no existieran. La ley no nos hace pecar, y la muerte no nos trae vergüenza, sino la fe va a través de ellas a la justicia y vida eterna.

85. Aquí los miserables santos al estilo de Caín, el clero, debe ser amonestados, si pueden tomar consejo de su propia condición. Si observaran sus órdenes, leyes, ceremonias, oraciones, misas, ropa, comida y todo lo demás que tienen como Cristo observó la ley, entonces estas cosas se podrían retener. Por ejemplo, si pusieran la fe cristiana en su propio lugar especial y la dieran dominio sobre el corazón; si reconocieran que no se hacían piadosos ni salvos por sus órdenes, estados y obras, sino solo por la fe en Cristo, entonces podrían observar sus obras y leyes voluntariamente, como algo que no tenían que hacer excepto para mortificar el cuerpo y ayudar al prójimo. Pero ahora siguen estas cosas con la opinión de que son obras necesarias que tienen que hacer si van a ser piadosos y salvos. Eso no es nada sino tentación y pecado, que solo empuja a la gente al infierno con gran tormento y merece el tormento eterno. Luchan contra la fe libre, como de un niño, con sus obras serviles constreñidas.

La fe no puede tolerar a su lado los ídolos ungidos de las obras. Solo ella hace hijos de Dios piadosos y salvos. Luego considera todas las obras como voluntarias, y alegremente las hace y sufre todo lo que envía Dios y nuestro prójimo necesita. Estas son sus obras y ninguna otra. No pregunta por muchas misas, ayunos designados, ropa especial, comida selecta, lugares, personas y obras especiales. Rechaza todo eso como un impedimento a su libertad.

86. Se ha dicho bastante sobre este texto. Se tenían que usar tantas palabras porque la fe se ha hecho tan poco conocida, y sin la fe no se puede entender a Pablo. Ahora sigue:

*“Y por cuanto sois hijos, Dios envió a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo, el cual clama: «¡Abba, Padre!».”* (Gálatas 4:6)

87. Aquí vemos que el Espíritu Santo se da no por las obras, sino por la fe, porque aquí dice que el Espíritu les fue dado porque son hijos y no esclavos. Los hijos creen, los esclavos obran. Los hijos son libres de la ley; los esclavos están bajo la ley. Todo esto es fácil entender por la explicación anterior. Pero tenemos que acostumbrarnos al habla y las palabras de Pablo para saber qué significan “hijo” y “esclavo”, “libre” y “compelidos”. Las obras compelidas son obras hechas por esclavos, y las obras libres son hechas por hijos.

88. Pero, ¿por qué dice que el Espíritu Santo fue dado a ellos porque eran hijos, cuando el Espíritu Santo hace hijos de esclavos, y deben primero ser esclavos antes de llegar a

ser hijos? Respondo: Habla de la misma forma como dijo arriba, que estábamos bajo los elementos antes de que se cumpliera el tiempo. Eran hijos futuros a la vista de Dios. Por eso el Espíritu Santo fue enviado para hacerles hijos, como antes fue decretado que serían.

89. Llama el Espíritu un “Espíritu de su Hijo”. ¿Por qué no dice “su Espíritu”? Para quedarse con el punto. Los llama hijos de Dios porque Dios les envía el Espíritu que Cristo tiene, que también es Hijo, para que juntos con él puedan clamar: “¡Abba, Padre!” Es como si dijera: “Dios te envía su Espíritu, que mora en su Hijo, para que puedan ser sus hermanos y co-herederos, y clamar como hace él: ‘¡Querido Padre!’” Así, otra vez, la bondad y gracia indecible de Dios son alabadas en que por fe nos sentamos con Cristo en posesión de posesiones indivisas, y tenemos todo lo que él tiene y es, hasta su Espíritu.

90. Además, estas palabras establecen la Tercera Persona en la deidad, el Espíritu Santo, que no solo mora en Cristo como en un hombre sino también es de él, y tiene la esencia divina de él, así como la tiene del Padre. De otro modo, las palabras que San Pablo habla serían falsas: “es el Espíritu del Hijo”. Ninguna criatura puede decir, ni se puede decir de ella, que el Espíritu Santo es de él. Solo es el Espíritu propio de Dios, pero las criaturas pertenecen al Espíritu Santo, a menos que pueda suceder que alguien diga “mi Espíritu Santo” como decimos “mi Dios”, “mi Señor”. Así el Hijo debe ser Dios porque el Espíritu de Dios es su Espíritu.

91. Aquí todos deben observar y probar si siente el Espíritu Santo y percibe su voz en él. San Pablo dice aquí: “Cuando él está es su corazón, clama ‘¡Abba! ¡Padre!’” así como también dice: “Habéis recibido el Espíritu de adopción, por el cual clamamos: «¡Abba, Padre!»” (Romanos 8:15). Pero sentimos este clamar cuando la conciencia, sin tambalear ni dudar, firmemente cree y está seguro de que no solo son perdonados nuestros pecados, sino también somos los hijos de Dios, seguros de la salvación. Entonces podemos con corazón gozoso llamar a Dios nuestro querido Padre. Pero debemos estar más seguros de eso que de nuestra propia vida, y sufrir toda muerte y hasta el infierno antes de dejar que se nos quite o dudarlo. Sería una ofensa a la actividad y sufrimiento abundante de Cristo si no creyéramos que él sobreabundantemente ha ganado todo eso para nosotros, y no permitiéramos que su gran actividad y sufrimiento nos motivara y fortaleciera nuestra confianza tan poderosamente como el pecado o la tentación nos asustan o nos atemorizan.

92. Ciertamente puede haber conflicto aquí, si uno siente y se preocupa de que no es un hijo de Dios, y piensa y percibe a Dios como un juez airado y severo sobre él, como sucedió con Job y muchos otros. Pero en esa lucha, esta confianza sencilla finalmente debe prevalecer, aunque tiemble; de otro modo todo está perdido.

93. Ahora cuando Caín oye eso, se santigua con manos y pies y en gran humildad dice: “¡Dios me libre de tal herejía abominable y arrogancia! ¿Debo yo, un pobre pecador, ser tan altivo como para decir que soy un hijo de Dios? No, no, me humillaré y confesaré

que soy un pobre pecador”. Abandona a esa gente, y guárdate contra ellos como contra los peores enemigos de la fe cristiana y de tu salvación.

Ciertamente sabemos que somos pobres pecadores, pero aquí no debemos mirar lo que nosotros somos y hacemos, sino a lo que es Cristo y lo que ha hecho y todavía hace por nosotros. No estamos hablando de nuestra naturaleza, sino de la gracia de Dios, que es tanto más que nosotros, “porque, como la altura de los cielos sobre la tierra, engrandeció su misericordia sobre los que lo temen. Cuanto está lejos el oriente del occidente, hizo alejar de nosotros nuestras rebeliones” (Salmo 103:11–12). Se crees que es una cosa grande que eres un hijo de Dios, no pienses que es una cosa pequeña que el Hijo de Dios nació de una mujer, nació bajo la ley, para que pudieras ser tal hijo de Dios.

94. Lo que Dios hace es algo totalmente grande, que nos da gran gozo y ánimo y hace los espíritus impávidos, que no temen nada y pueden hacer todo. Las obras de Caín son apretadas y producen solo corazones desanimados y ansiosos que no sirven para nada, ni para sufrir ni para obrar; temen la hoja de un árbol, como dice Moisés.

95. Por tanto, aférrate firmemente a este texto. Debes sentir el llamamiento del Espíritu Santo en tu corazón, ¿cómo no podrías sentirlo? Para eso, San Pablo usa la palabra “clamar”, aunque podría haber dicho que el Espíritu suspira o habla o canta; pero esto es aún mayor. Clama y llama con plena fuerza, es decir, con el corazón lleno, para que todo viviera y se moviera en esta confianza. Pablo también dice: “el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles” (Romanos 8:26); y “El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios” (Romanos 8:16). ¿Cómo, entonces, no deben nuestros corazones sentir tal llamar, gemir y testificar?

96. ¡La tentación y el sufrimiento sirven este propósito en forma hermosa! Promueven tal clamar y despiertan a nuestro espíritu. Pero tememos y huimos de la cruz, y por eso nunca percibimos al Espíritu y nos quedamos bajo Caín. Si no percibes ese clamar, luego piensa y no descansa de orar hasta que Dios lo conceda, porque eres como Caín, y las cosas no son buenas contigo. Sin embargo, no debes desear que solo haya ese clamor dentro de ti; al lado debe haber también un grito temeroso, que te estimulará y ejercitará en clamar, como sucede que todos los demás.

Tus pecados también clamarán; es decir, producirán gran desesperación en tu conciencia. Pero el Espíritu de Cristo clamará y tiene que clamar más fuertemente que ese clamor, a saber, hacer que tu confianza sea más fuerte que tu desesperación, como dice San Juan: “En esto conocemos que somos de la verdad, y aseguraremos nuestros corazones delante de él, pues si nuestro corazón nos reprende, mayor que nuestro corazón es Dios, y él sabe todas las cosas. Amados, si nuestro corazón no nos reprende, confianza tenemos en Dios; y cualquiera cosa que pidamos la recibiremos de él” (1 Juan 3:19–22).

97. Así este clamor y grito del Espíritu no es otra cosa sino una confianza poderosa, fuerte, invariable de todo el corazón hacia Dios, como nuestro querido Padre, de nosotros, sus queridos hijos.

98. Aquí ves cuán elevado está la vida cristiana sobre la naturaleza. La naturaleza no es capaz de tal confianza y clamar a Dios, sino solo teme y clama un temible grito de sí misma y dice: “¡Ay de mí! ¡Eres un Dios severo e intolerante!” Así como Caín clamó a Dios: “Grande es mi culpa para ser soportada. Hoy me echas de la tierra, y habré de esconderme de tu presencia, errante y extranjero en la tierra; y sucederá que cualquiera que me encuentre, me matará”, etc. (Génesis 4:13–14). Hay y tiene que haber tal clamor en todos los santos al estilo de Caín. ¿Por qué? Porque miran a sí mismos y sus obras, y no al Hijo de Dios, que fue enviado, nació de una mujer, nació bajo la ley. Tampoco creen que lo hizo para ellos, ni se ocupan de ello. Solo laboran en sus propias obras para ayudarse y obtener la gracia de Dios.

99. Porque persiguen esta fe y la calumnian y condenan como herejía y arrogancia, actúan como su padre Caín con su hermano Abel, y así en ellos también matan a su hermano, Cristo. Así esa misma sangre inocente no deja de clamar al cielo contra ellos, como lo hacía la sangre de Abel acerca de Caín. Así Dios pregunta por Abel y demanda de cada uno: “¿En dónde está Cristo, tu hermano?” Luego el necio de Caín va y proclama su inocencia y dice: “¿Qué sé yo de eso? ¿Soy yo acaso guarda de mi hermano?” Es como decir: “¿Debo ser tan arrogante como para considerarme como piadoso, santo y el hijo de Dios solo por medio de Cristo? No, no, trabajaré hasta que sea piadoso sin él”. Así el clamor de la sangre de Abel acerca de Caín, y el clamor de la sangre de Cristo sobre todos los incrédulos, sigue y todavía clama por venganza e ira. Pero para los creyentes clama por gracia y reconciliación por su Espíritu.

100. El apóstol une una palabra hebrea con una griega: “¡Abba! ¡Padre!”. En hebreo, *abba* quiere decir “padre”. Por eso los prebostes en algunos monasterios se llaman “abades”. Antes, en el desierto, los santos eremitas llamaban a sus jefes *Abba Pater*; esto también se ha seguido en latín y alemán. Así *Abba Pater* equivale a “Padre, Padre” o totalmente en alemán: “mi Padre, mi Padre” o “querido Padre, querido Padre”.

101. Pero ¿por qué dobla la palabra y el clamor del Espíritu? Con tu permiso, expresaré mi opinión. Primero, para que pueda señalar la fuerza y grandeza de ese clamor. Todo el que clama muy fervientemente repite sus palabras y clamor muchas veces. Este clamor desde nuestro corazón y nuestra confianza tienen que ser fuertes y grandes para que no sea sofocado por el pecado y el clamor de nuestro Caín.

102. Segundo, es la naturaleza de la Escritura por medio de tal duplicar las palabras u oraciones a indicar la seguridad y certidumbre. José dijo al rey Faraón que Dios indicaba por la repetición de los sueños que era seguro y sucedería como las palabras indican. Así aquí el Espíritu clama “Padre” dos veces para que estemos seguros y convencidos de que Dios es y quiere ser nuestro Padre, de modo que nuestra confianza no solo sea grande sino también segura.

103. Tercero, también es permanente. La primera palabra, “Abba”, significa el comienzo de esta confianza. Pero luego surge un gran conflicto, y el diablo atacará sin cesar. Por tanto, es necesario que sigamos y agreguemos una segunda palabra, “Padre”, a saber, no cesar, sino como hemos comenzado a clamar, debemos clamar una y otra vez. Eso resultará en una experiencia de nuestra confianza, que nos hará muy seguros y convencidos. Tal vez por eso San Pablo escogió poner primero “Abba”, la palabra hebrea extraña, desconocida, y luego “Padre”, la palabra conocida griega nativa, porque estaba escribiendo en griego y predicando a los griegos. De esa forma indica que el comienzo de esta confianza es desconocida y extraña, pero cuando ha sido impulsada y ejercitada, se hace bien conocida, así como si fuera su naturaleza, y está en el hogar con Dios, su Padre.

*“Así que ya no eres esclavo, sino hijo; y si hijo, también heredero de Dios por medio de Cristo.” (Gálatas 4:7)*

104. “Ahora”, dice, es decir, después que Cristo ha venido y sido reconocido, ya no hay esclavo. Como se ha dicho, el hijo y el esclavo no pueden coexistir uno con el otro, porque sus mentes son demasiado diferentes. El hijo es voluntario y libre, pero el esclavo es involuntario y constreñido; el hijo trata con fe, pero el esclavo con obras.

105. Así vemos otra vez aquí que nadie puede obtener nada de salvación ante Dios por las obras. Más bien, antes de las obras, primero debe obtener y poseer todo, de modo que las obras entonces puedan suceder libre y gratuitamente para la gloria de Dios y el beneficio del prójimo, sin temor del castigo ni buscar un premio. Eso es lo que quieren decir las palabras cuando dice: “si hijo, también heredero de Dios”.

106. Ahora se he dicho suficientemente que solo la fe hace hijos de Dios antes y sin cualquier obra. Si la fe nos hace hijos de Dios, luego también nos hace herederos, porque un hijo es un heredero. Si la herencia ya está presente, ¿cómo primero se puede ganar por obras? No es consistente decir que la herencia primero está presente, dada por pura gracia, y sin embargo todavía se tiene que buscar y obtener por obras y méritos, como si no estuviera presente o no dada. La herencia aquí no es otra cosa sino la eterna salvación.

Frecuentemente he dicho que por su bautismo y fe el cristiano ya tiene todas las cosas, y todo le fue dado de una vez. No ve eso revelado, pero está guardado para él en la fe, porque esta vida no podría soportar la revelación de tales bendiciones.

San Pablo dice: “porque en esperanza fuimos salvos” (Romanos 8:24); no lo ves todavía, pero lo esperas. Asimismo, San Pedro: tu salvación es “reservada en los cielos para vosotros, ... para ser manifestada en el tiempo final.” (1 Pedro 1:4–5).

107. Por tanto, la obra de un cristiano no debe ser dirigida al mérito, como la de un esclavo, sino para el beneficio y la necesidad de otros, de modo que vive y obra aquí en la tierra no para él mismo, sino para su prójimo. De esta forma ciertamente vive y obra

para la gloria de Dios. Por su fe ya tiene suficiente para sí mismo, y es rico, lleno y salvo.

108. Pero agrega “por medio de Cristo”, para que nadie piense que tal herencia se nos da sin ningún mérito ni costo. Aunque no costó a nosotros, y se nos da sin nuestro mérito, sin embargo, costó mucho a Cristo. Por eso precisamente fue hecho bajo la ley por nosotros, para que él pudiera ganar todo y merecerlo para todos los que creerían en él, así como, cuando hacemos bien a nuestro prójimo, no le cuesta nada a él y no lo merece, sin embargo, nos cuesta nuestra actividad y bienes, que libremente, por pura bondad, aplicamos a él. De la misma forma, Cristo ha aplicado a nosotros los suyos, y todavía lo hace.

109. Podría perturbar a los sencillos cuando San Pablo dice que no hay esclavos sino solo hijos, y sin embargo pocos creen en Cristo y se hacen hijos de Dios, y el mundo queda lleno de esclavos y Caínes. Pero lo dice a causa de la doctrina, como si dijera: “Antes que viniera Cristo y se predicara el evangelio, por el cual nos hacemos hijos de Dios, solo la ley se predicaba, que solo hace esclavos por las obras. Pero ahora que se predica la fe, la gente no necesita el hacedor de esclavos, la ley. Ahora todos se hacen piadosos y salvos por la fe sin obras, que antes solo se hacían esclavos y Caínes por la ley y las obras”. Por tanto, decir que ya no hay esclavos sino solo hijos es lo mismo que decir que ahora ninguna doctrina esclavizadora se debe predicar, y no debemos estar ocupados con hacernos esclavos, sino solo hijos; es decir, solo la fe y el evangelio se deben predicar y deben ser nuestra doctrina. La fe nos trae el Espíritu y nos enseña a confiar en Dios y servir solo a nuestro prójimo. Así toda la ley se cumple.

110. Así llama a los gálatas a salir de la doctrina que les habían vuelto a conducir a la ley y las obras. Asimismo, ahora y por mucho tiempo el Papa con sus leyes necias nos ha mal guiado por los obispos, sacerdotes y monjes, y ha destruido la fe cristiana. La Escritura predijo ese mismo Anticristo. Por tanto, todo el que quiere ser salvo debe guardarse contra él y toda su gente, contra todos los estados espirituales, como contra los siervos y apóstoles de Lucifer mismo.